

ORTEGA dice, en la *Rebelión de las Masas*, refiriéndose a los caracteres del mundo moderno, que la ciencia experimental ha progresado, en buena parte, merced al trabajo de hombres fabulosamente mediocres y aun menos que mediocres. La tesis resulta desafortunada y sorprendente para el filisteo que se halla, ante la ciencia experimental, preso en la beatería general del hombre ante cualquier artilugio técnico. Pero la afirmación sólo es parcialmente verdadera. La ciencia experimental es una máquina difusa y complicada, que trabaja con escasa precisión. Da muchos golpes en el vacío, reitera inútilmente muchos trabajos, gasta colosalmente y avanza milimétricamente. Su avance sería imposible sin la colaboración multitudinaria de la mediocridad. A medida que se complican los técnicos, crece la necesidad de aumentar el radio de colaboraciones. Un buen laboratorio no puede funcionar hoy día sin buenos laborantes, buenos preparadores y mozos excelentes que cuiden meticulosamente de la alimentación de los animales. Pero todo eso no basta. Quedaría ese acúmulo de trabajo promiscuo en poco menos, que nada, si de vez en cuando, aquí y allá, no surgiera el ser extraordinario que imprimiera unos golpes de remo eficaces y decisivos en la navegación. A estos hombres se les llama y se les debe seguir llamando, por mucho regusto décimonónico que tenga la palabra, genios.

Cajal, fué, indudablemente, uno de ellos. Y como siempre ocurre en la genialidad auténtica, su personalidad se muestra rica en cualquier diámetro que se le explore. La personalidad de un genio como Cajal sigue flotando aún por encima de sus propios descubrimientos. Es posible que su teoría de la neurona, que tan concienzuda y meticulosamente construyó, y de la que ha vivido la neurología durante cincuenta años, quede arrumbada en el próximo medio siglo. Quizá pueda construirse una nueva neurología sin preocuparse de la neurona; aunque esto sucediera, no disminuirá un ápice la gloria de Cajal.

Los primeros pasos de Cajal fueron de una dureza extraordinaria. «Desvalidos y sin más recursos para educarnos técnicamente que los proporcionados por modestos cargos subalternos o por los padres, casi nunca convencidos de que el cultivo de la ciencia pura servía para algo, nos estrellábamos contra la indiferencia universal.» En medio de esa indiferencia, armado de un prehistórico microtomo, más navaja barbera que aparato científico, Cajal inicia su primer corte y con ello el descubrimiento de nuevas realidades.

La escasez de medios de Cajal resulta ejemplar. ¿Con cuánta dificultad se proporcionaba sus colorantes, los animales de los que extraer sus cortes, sus medios de reproducción! ¡Y qué magnífica habilidad manual, qué seguro gusto artístico y cuán penetrante inteligencia en la interpretación de las imágenes! He conocido a Cajal en su modesto laboratorio de Atocha y aquél era ya un palacio comparado con el cuchitril donde comenzó sus investigaciones. Conservó hasta el final de su vida la predilección por los locales modestos.

Pero erraría quien creyese—como alguna vez se dice—que la escasez y la modestia de medios espolean la genialidad del investigador. La genialidad está ahí y cuando existe logra crear, casi de nada, los medios que necesita. Pero la ciencia experimental, que no puede avanzar sin el empuje de los genios, tampoco logra consolidar ese avance sin el trabajo de los epígonos. Y, hecho curioso, pero ineludible, los epígonos necesitan multiplicar sus medios de trabajo.

Cajal, por su genialidad, pudo crear en un atmósfera de indiferencia. Pero hizo algo más esencial: cambiar la atmósfera. No fué obra suya exclusiva, pero su participación puede



DE LA NAVAJA BARBERA DE CAJAL AL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES

considerarse como decisiva. Lo cierto es que a partir de él y de sus coetáneos, comienza una transformación de la sociedad española. Su actitud frente a la ciencia cambia: el científico no es un «chiflado» como dice Cajal que los calificaban en su tiempo, sino un promotor de hechos y de valores que merecen estima por la comunidad. La acción del Estado viene, inmediatamente, tras el cambio y la actitud de la sociedad.

Cajal creó una escuela histológica—la escuela histológica española—que ha dado óptimos frutos. De los ya desaparecidos, los nombres de Achúcarro, Villaverde y Río-Hortega han quedado unidos a descubrimientos inolvidables. Si Cajal nos legó casi completo y perfecto el estudio de los elementos más nobles del tejido nervioso—la neurona—sus continuadores nos han legado un conocimiento metódico, exacto y sorprendente del tejido acompañante de las neuronas, la neuroglia en sus diversas formas. A ellos habría que agregar otros nombres: Arcaute, Lafora, Sacristán, Sánchez y Sánchez, Fañañas, etc.

La evolución de la escuela ha tomado caminos diversos. Por un lado Tello ha continuado la tradición «cajaliana» clásica. Por otro, Fernando de Castro y Lorente de No han actuado como renovadores, por el camino de la histofisiología, del viejo tronco. Y con buenos discípulos saben unir la despierta inteligencia con la habilidad técnica... Uno y otro han sabido renovar las técnicas, abrir nuevos caminos. El Instituto Cajal, dirigido por Sanz Ibáñez continúa hoy día, con una riqueza de medios que hubiera deslumbrado a Cajal, la tradición investigadora. Al amparo de él, o fuera de él, trabajan incansables, nombres tan conocidos como Pérez Lista, Arteta, Ortiz Picón, Gallego, Sánchez Lucas, Herrera, Rodríguez López, Ramón Martínez, etc. El ejemplo de Cajal ha sido fecundo. Un viento nuevo sacudió el viejo tronco de la medicina española. Han pululado laboratorios, escuelas, centros de investigación. Los clínicos eminentes, Marañón, Jiménez Díaz, apoyan un trabajo clínico en una fisiopatología cultivada con esmero en sus Institutos y que ha dado óptimos frutos. En el Instituto de Medicina Experimental despliegan sus actividades Enriquez de Salamanca, Martín Lagos y Rodríguez Candela, cuyos trabajos sobre patogenia de la diabetes son bien conocidos. La fisiología cuenta con hombres jóvenes y ya ilustres como Grande, Jiménez Vargas, Cosin, etc., etc. Hay en las nuevas generaciones pasión por el descubrimiento de la verdad científica. Esta pasión, preñada de lucidez e inteligencia, está dando ya sus frutos.

El año 1939, y a la sombra del Árbol de la Ciencia, se creó en España el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Hoy, transcurridos ya dos lustros de aquella época, el citado Consejo tiene sólidamente asentadas sus raíces no sólo sobre Madrid, sino sobre treinta y una provincias españolas; se alimenta materialmente de un presupuesto de 65.000.000 de pesetas y, espiritualmente, de una Biblioteca en la que figuran casi 2 millones de volúmenes. Ha extendido sus ramas a ocho terrenos de la investigación, cubiertos por los Patronatos de «Raimundo Lulio» (Ciencias Teológicas, Fisiológicas, Jurídicas y Económicas), «Marcelino Menéndez y Pelayo» (Historia, Filología y Arte), «Santiago Ramón y Cajal» (Ciencias Biológicas), «Alonso de Herrera» (Biología Vegetal), «Alfonso el Sabio» (Matemáticas, Física y Química), «Juan de la Cierva» (Investigación Técnica), «José María Quadrado» (Estudios e Investigaciones locales), y «Diego de Saavedra Fajardo» (Estudios Internacionales).

El Consejo ha ido ya recogiendo su propia cosecha. A principios del año pasado había editado 785 obras científicas, integradas por 928 volúmenes; 69 de estas obras eran de Teología, Filosofía y Pedagogía; 55, de Derecho, Economía y Política; 143, de Filología y Literatura; 25, de Estudios Árabes y Hebraicos; 86, de Historia de España; 66, de Historia Hispanoamericana; 45, de Geografía, Prehistoria y Etnografía; 44, de Arte y Arqueología; 84, de Bibliografía; 69, de Ciencias Biológicas; 12, de Ciencias Geológicas; 67, de Ciencias Exactas, Físicas y Químicas, y 20, de Estudios Locales. Junto a ellas, 89 revistas periódicas, que hoy pasan de 100.

